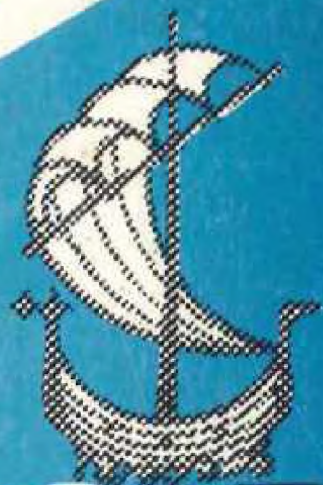


TEMAS DEL SIGLO

NAVEGAR ES NECESARIO

Quijano y el Semanario
"Marcha"

HUGO R. ALFARO



MARCHA

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

"Congreso para la Libertad de la Cultura" —desde el cual peroraban no pocos compatriotas (cautos o incautos)—, era una hechura de la CIA; abre asimismo sus páginas al debate sobre el "caso Padilla" y el derecho a disentir en la Cuba bloqueada por el imperio; el Che Guevara envía desde Argel una carta a Quijano, que es un documento histórico sobre cómo entiende el Che los compromisos de la revolución cubana con el hombre y con el socialismo; Juan José López Silveira analiza el Reglamento de Tierras artiguista; y el Profesor Juan E. Pivel Devoto documenta el derecho de los orientales a la soberanía sobre las islas Martín García y Timoteo Domínguez. La patria y el Tercer Mundo, la soberanía latinoamericana y la identidad nacional. Es decir: el horcón del medio.

Y el desvelo diario, desde la comarca, de los francotiradores, atentos a los árboles y al bosque. Como siempre, Quijano, Julio Castro y Ardao; pero también don Luis Pedro Bonavita (humilde en su sabiduría, austero en su generosidad), Héctor Rodríguez, Carlos Martínez Moreno, Oscar H. Bruschera, Carlos María Gutiérrez, Germán Wettstein, Daniel Vidart, Carlitos Núñez, el hermano Guillermo Chifflet, de quien siempre se aprende sosegadamente algo, Mario Benedetti, corriendo de las páginas políticas a las literarias sin dejar de estacionar en las de humor y en las de espectáculos, para poner en todas la marca ardiente de su fe, Adolfo Aguirre González, que estuvo en las primeras horas y habría de estar en las últimas, Eduardo Galeano, el benjamín, de deslumbrante creatividad; y ya al final, desde el 73 y durante lo poco que nos fue permitido salir en el 74, el inolvidable Zelmar Michelini, paradigma de la apasionada lucidez. Y tantos y tantos compañeros más a quienes, aun sin nombrar, tampoco olvidamos.

Después de las bravías páginas de los lectores (que eran como la conciencia pública del semanario), después de las reflexivas páginas editoriales y antes de las analíticas correspondencias del exterior, el lector arribaba a una incierta playa de estacionamiento. El territorio libre del humor. Donde era desaconsejable, por ejemplo, regar el jardín del chiste suelto, ese que se agota en sí mismo; o fomentar el lucimiento del gracioso a destajo. Desde "La semana y los siete enanitos", de Julio Castro,

hasta "La espada de Damocles", de Benedetti, o "El agujero en la pared", de Gutiérrez, pasando por los "Apuntes de mi libreta", de Carlos Maggi, las "Crónicas", sin parangón, de El Hachero o las lucubraciones sofisticadas de Wimpi, se llegaba a la risa y aun a la hilaridad, pero con el país a cuestas, y a cuestas del país la flaqueza humana, como en la picaresca más querida. No hablemos ya del zoológico snob creado por Elina Berro, en "Mónica" (con los inefables Macoco, Terencio, Bobbie y Sebastiana), o del almacén surrealista de "Juceca" (Julio C. Castro), en "Don Verídico" (con los estrafalarios y queribles parroquianos de El Resorte: el tape Olmedo, Sortilegio Nones, Apócrifo Fu y la tierna Duvija, a quien le hubiera encantado ser dibujada por Pelo, y a Pelo dibujarla).